

FORMACIÓN COMPETENCIAL PARA LA INTERVENCIÓN COMUNITARIA

COMPETENCY-BASED TRAINING IN COMMUNITY WORK

ISABEL ROYO-RUIZ, SUSANA SÁNCHEZ-FLORES, JOAN LACOMBA-VÁZQUEZ, ELVIRA MARÍ-POVEDA,
CRISTINA BENLLOCH-DOMÉNECH¹
UNIVERSIDAD DE VALENCIA. ESPAÑA

RESUMEN

Los nuevos problemas sociales se focalizan hoy en sectores que caen en el espacio de la vulnerabilidad de forma sobrevenida y que pueden convertirse en situaciones permanentes. Consideramos que las respuestas activas desde las profesiones sociales deben articularse en contextos de derechos individuales frente a la justicia social, la competitividad frente a la equidad y la inmediatez frente a la sostenibilidad. Por ello es pertinente formar en el ámbito universitario en la capacidad de articular conocimientos, reflexión y sistematización de la experiencia profesional y en posicionamientos éticos que permitan desarrollar un saber intuitivo desde el punto de vista profesional, en relación a la implicación, responsabilidad y efectos de la acción profesional. La aportación fundamental de nuestra propuesta se centra en enfatizar la capacidad de liderar procesos de desarrollo comunitario en los que se maximicen valores poco cotizados en las etapas de crecimiento económico-financiero, pero que cobran gran relevancia en las situaciones de crisis.

PALABRAS CLAVES

Aprendizaje en competencias. Trabajo Social comunitario. Nuevos espacios sociales. Compromiso ético.

ABSTRACT

Nowadays, new social problems take place in sectors that fall in the space of vulnerability in an unexpected way and can become permanent situations. We consider that active answers from the social professions should be articulated by contrasting individual rights and social justice, competitiveness and equality, and immediacy and sustainability. Therefore, we consider it pertinent to provide students at higher education with the abilities to articulate knowledge, to reflect and systematize their professional experience. It is also necessary that they develop ethical attitudes that allow them to gain an intuitive knowledge from the professional point of view, in relation to the implication, responsibility and effects of their professional action. The main contribution of our proposal focuses on encouraging the capacity to lead processes of community development by strengthening values that are not included in the stages of economic-financial growth, but that they get great relevance in situations of crisis.

KEYWORDS

Training in Competences. Community Social Work. New Challenges. Ethic Commitment.

Recibido: 2011.06.27. Revisado: 2011.09.12. Aceptado: 2012.03.30. Publicado: 2012.05.01.

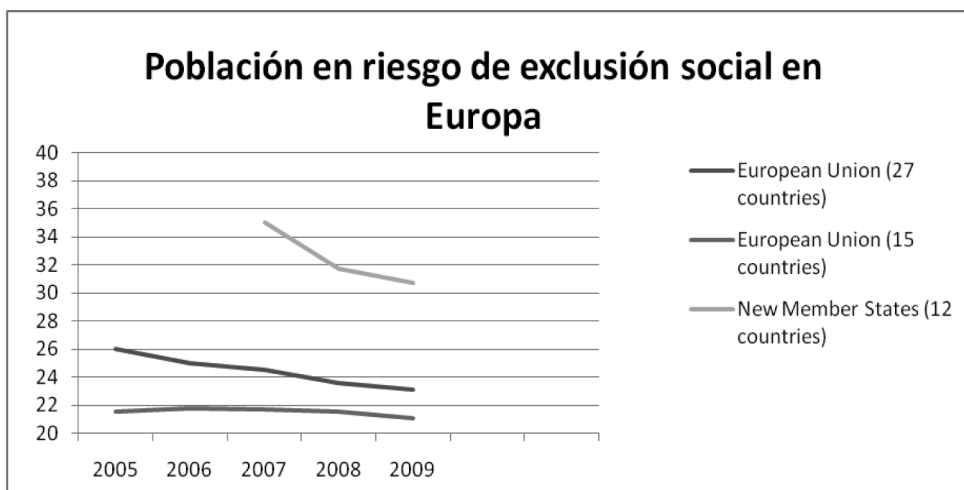
Correspondencia: Isabel Royo-Ruiz. Departamento de Trabajo Social y Servicios Sociales, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Valencia (UV). Avenida Tarongers, 4B. 46021 Valencia, España. Tfno: (00-34)963828512. E-mail: isabel.royo@uv.es.

INTRODUCCIÓN

En la Europa de la actual crisis económica, pero también en la anterior a la crisis sobrevenida, la exclusión permanente de determinados sectores de la sociedad y la creciente vulnerabilidad de otros, siguen siendo los fenómenos que centran los esfuerzos del Trabajo Social. Los datos sobre la exclusión en

la Unión Europea nos proporcionan un mapa en el que, si bien se habría producido en los últimos años un descenso del porcentaje de personas en riesgo de exclusión desde 2005 hasta la actualidad, la dimensión del problema seguiría siendo notable, afectando a cerca de una cuarta parte de la población.

Gráfico 1

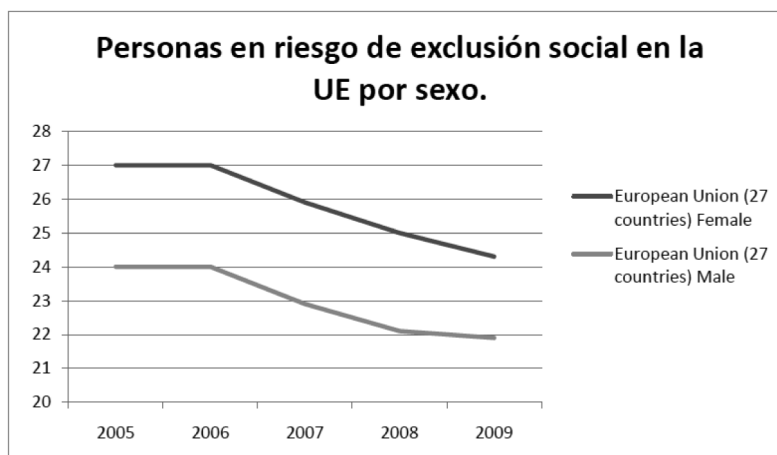


Fuente: Eurostat.

La situación afecta especialmente a los países recientemente incorporados a la Unión, que cuentan en muchos de los casos con un tercio de su población en riesgo de exclusión social. No obstante, si nos detenemos a mirar las tasas de los países que componen el grupo de los 12, éstas también son desalen-

tadoras. En 2009 la tasa de riesgo de exclusión social para los países “ricos” de la Unión seguía situándose por encima del 20%, lo que significa que uno de cada cinco habitantes (especialmente jóvenes, mujeres y parados de larga duración) se encuentran hoy en día abocados al terreno de la exclusión.

Gráfico 2

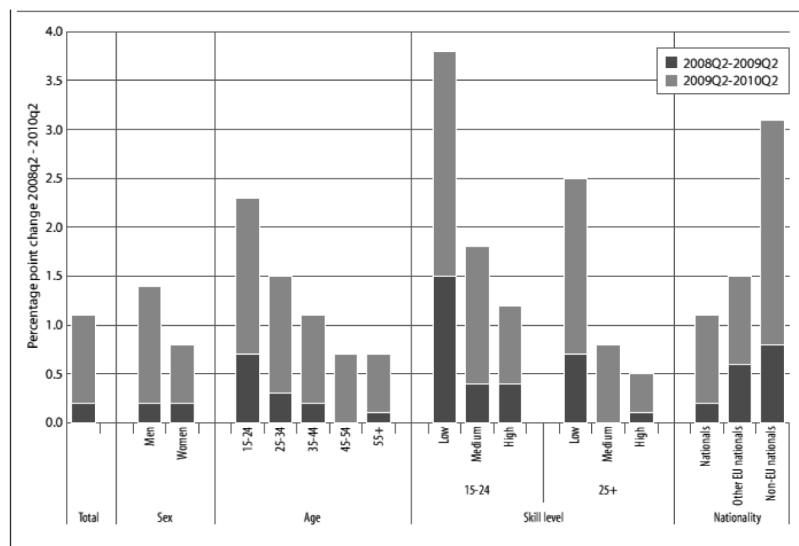


Fuente: Eurostat.

Además de esta insuficiente mejora, hay que destacar las significativas diferencias que perviven por géneros en lo que al riesgo de exclusión social se refiere también, con una diferencia entre hombres y mujeres de más de cinco puntos. Lo que quiere decir que, mientras el riesgo de exclusión social se reduce relativamente, en cambio la distancia entre hombres y mujeres apenas habría variado, siendo estas últimas las más afectadas de forma notable durante todo el período. Dicha diferenciación también puede hacerse extensible cuando hablamos de las

edades, con un mayor riesgo de exclusión para las personas mayores, aunque con enormes desigualdades entre los veinticinco países que integran la UE. Por ejemplo, en Bulgaria, cuando se tienen más de 65 años, aumenta hasta un sesenta por ciento el riesgo de exclusión social; o en Lituania, donde la cifra alcanza el 50% de la población mayor de 65 años. En cambio, después de una larga lista de países en los que en este rango la proporción es superior al 30%, encontramos al país con menor riesgo, Luxemburgo, en el que sólo alcanza al 2% de la población.

Gráfico 3. Desempleo de larga duración en la UE por sexo, edad nivel educativo y nacionalidad. Para los periodos 2008/2009 y 2009/2010



Fuente: Report Employment in Europe 2010. Comisión Europea.

Sin duda, el otro de los grandes problemas a los que se está enfrentando la UE en este momento –aunque tampoco resulte totalmente nuevo–, y que determina en gran medida los riesgos de exclusión social, es el paro de larga duración. El gráfico anterior muestra la evolución de las cifras del paro de larga duración en la Europa de los 25, donde tal como se puede ver durante el período 2009/10, los incrementos afectarían a todas las categorías. No obstante, destaca el hecho de que al comienzo del periodo, este tipo de desempleo se daba por igual entre hombres y mujeres, mientras que en el segundo momento mostrado por las gráficas, la distancia entre hombres y mujeres se ha incrementado notablemente, de modo que ahora los varones padecen en mayor medida el desempleo de larga duración.

Además, las personas con los trabajos de menor cualificación y los más jóvenes son los que mayor nivel de desempleo de larga duración tienen. Por otro lado, las diferencias entre nacionales de la UE y población extranjera son muy considerables. De manera que en el conjunto de países de la UE tenemos dos grupos especialmente vulnerables ante el desempleo de larga duración: los jóvenes varones entre 15 y 24 años, pero de forma preocupante las personas llegadas desde fuera de la UE.

Lo que vemos pues, es una exclusión social que no desaparece en Europa, pero que va variando sus perfiles para abarcar a nuevos grupos (jóvenes, mujeres, inmigrantes, mayores y hombres parados de larga duración, son los colectivos que aparecen en el centro de la problemática), lo que nos obliga a

no reducir los esfuerzos por enfrentarla, pero sí a variar las estrategias y los enfoques con los que se ha venido haciendo. En este contexto de obligada lucha contra la exclusión social es donde situamos la necesidad de nuevas estrategias de intervención comunitaria (trabajar contra la exclusión, pero no sólo con los excluidos) y la necesidad de nuevas estrategias formativas competenciales para los/las trabajadores sociales que han de intervenir en este ámbito (profesionales competentes técnicamente, pero no técnicos sin referentes profesionales).

2. EL RENOVADO PROTAGONISMO DE LO LOCAL Y COMUNITARIO EN LA LUCHA CONTRA LA EXCLUSIÓN

Los cambios y condiciones actuales han vuelto a poner en primer plano la comunidad, tras un período en el que ésta fue relegada, cuando no atacada por los discursos de la modernización y el progreso social. Este renovado protagonismo de la comunidad al que nos referimos es, en gran parte, el resultado de la evidenciación de los límites de un modelo social exitoso años atrás y que, con la actual crisis mundial, se ha visto como un modelo a revisar. El consultor de la UNESCO, Roberto Carneiro, indicaba ya hace algunos años –sin adivinar aún la crisis que se avecinaba– la dimensión de la cuestión, cuando afirmaba que “el siglo XX debe hacer frente a una tarea colosal: reconstruir las comunidades humanas. Proliferan las señales de impaciencia; las sociedades humanas presienten que una proyección lineal de las tendencias fundamentales del siglo que ahora acaba no augura un destino feliz. A la masificación y el individualismo que han caracterizado a la primera generación de las tecnologías de la información y la comunicación, llevando al paroxismo el modelo económico vencedor, sucede ahora una segunda generación tecnológica en la que se empieza a volver a la idea de interacciones en red y al valor de las relaciones de vecindad (virtuales). La sociedad cognoscitiva, fundada en una ética de intercambio de conocimientos y en fenómenos cognoscitivos generados por relaciones interpersonales sin fronteras, gracias a la mundialización del planeta, debería favorecer el surgimiento de valores posmaterialistas. Así pues, la solidaridad y el nuevo espíritu comunitario pueden, de nuevo, aparecer naturalmente como un principio orgánico, vertebrador de vida, y como otra opción frente a la exclusión y la desvitalización suicida de la trama social” (Carneiro, 1996: 242).

En torno a un cierto consenso sobre los efectos negativos de la mercantilización de las relaciones

sociales, la comunidad vuelve justamente a ser reivindicada y actualizada como freno a los efectos perversos de las sociedades postmodernas o postindustriales, que la consideraron como una institución arcaica y no funcional a los nuevos tiempos, pero sin que exista un acuerdo respecto a la definición y conceptualización del mismo término comunidad, o ni siquiera respecto a su propia viabilidad. Pensadores europeos como Barcellona (1992), o Capella (1993) en España, han destacado tanto los límites del modelo económico y social ahora sometido a revisión, como la importancia de los vínculos comunitarios más allá de la visión romántica de la misma que también ha estado en la base de determinados planteamientos “comunitaristas”².

Así, Barcellona reclama la centralidad de la comunidad, pensada no “como un espacio opresivo y autoritario, sino como elección libre basada en la consciencia de que sólo en la reciprocidad de las relaciones no dinerarias se produce el verdadero reconocimiento de la diferencia y de la particularidad”. La comunidad –afirma Barcellona– *puede ser el lugar donde se defiendan y se valoren las particularidades individuales, donde se evite la conversión de todos nosotros en analfabetos sociales* (Barcellona, 1992: 125). Por su parte, Capella propone la reconstrucción de los vínculos sociales: *en la búsqueda nueva de lazos entre las personas; de vínculos libres, no mediados por el Estado. La construcción de asociaciones voluntarias y personales, en cuyo seno sea factible el cúmulo de actividad que la crisis nos solicita a todos (...) Todo parece indicar que va a ser preciso, para hacer sostenible el esfuerzo, el reaprendizaje de la solidaridad, de la ayuda y de la comprensión entre las gentes, el aprecio por su diversidad, una educación distinta de la que tenemos nosotros. Vínculos, ligámenes, de naturaleza social, semejantes a los que en el pasado religaron a las personas, despojados sin embargo del carácter metafísico, involuntario e inconsciente, que tuvieron entonces; redes de vínculos que posibiliten el aprendizaje común de nuevas formas de vida y de civilización* (Capella, 1993: 61).

Tanto Barcellona como Capella se refieren a una nueva concepción de la comunidad, no a la comunidad *natural* sino a la comunidad fundada en la consciencia de que el individualismo exacerbado por el mercado pone en peligro el propio futuro de la humanidad como sociedad: *Tras la acción disolvente de la modernización sobre todos los vínculos arcaicos entre las personas (los vínculos familiares, o míticos, o tradicionales, sacrificados al mundo de las relaciones funcionales, en las que cada uno es para los demás un*

medio consumible por el yo solipsista, autorreferente, del individualismo), aquella tarea misma es irrealizable sin la posición de un ámbito de comunidad. Que no puede ser la comunidad arcaica, involuntaria, irracional, de la que procedemos, sino una comunidad voluntaria, profana (Capella, 1993: 233). La construcción de vínculos comunitarios, así como la lucha contra la explotación y la injusticia, por la paz y el equilibrio ecológico, son, según el autor, *aspectos de esta tarea. La recuperación de la comunidad pasa por la necesidad de abrir espacios y lugares sociales para la formación de actividades de cooperación basadas en la reciprocidad del reconocimiento de los individuos concretos (la libre cooperación comunitaria)* (Barcellona, 1992: 136).

Frente a los efectos de las nuevas tendencias globalizadoras y mundializadoras descritos previamente, numerosos autores se plantean la necesidad de retornar sobre el micro-desarrollo (los proyectos de desarrollo comunitario), devolviendo así el protagonismo a la comunidad y, de esta manera, al propio Trabajo Social Comunitario. En el terreno de las iniciativas la tendencia a la descentralización y al retraimiento del Estado coincide con el énfasis en el territorio y lo local, bajo la filosofía del “pensar globalmente y actuar localmente”, al mismo tiempo que se potencia la innovación y la experimentación a pequeña escala, estableciendo puentes entre los proyectos sociales, los proyectos económicos y los proyectos culturales. Así, por ejemplo, los canadienses Doucet y Favreau (1991) cuestionan la posición de diversos autores que han puesto en duda la importancia del desarrollo comunitario cuando se impone la mundialización de la economía y la movilidad de población (separación entre el lugar de trabajo y el de residencia, movilidad de los jóvenes,...). Lo que ponen en cuestión los autores a los que Doucet y Favreau critican es si un barrio de un gran centro urbano o una localidad de una región alejada son la base pertinente de una intervención comunitaria. Doucet y Favreau aceptan la idea de que la dinámica actual muestra que las comunidades locales no evolucionan como sistemas cerrados, no dependen de las fuerzas internas del medio, aumentan los lazos de interdependencia con otros agentes económicos y sociales exteriores al medio e, incluso, exteriores al país. Sin embargo, pese a los factores “susceptibles de deslocalizar la acción colectiva”, persiste –dicen Doucet y Favreau– la existencia de comunidades de vecindario, como se pone de manifiesto en las movilizaciones frente a las amenazas sobre el medio ambiente local (empresas contaminantes, eliminación

de zonas verdes, proyectos urbanísticos...). Este nuevo tejido social constituye la base para el posible Trabajo Social Comunitario de hoy en día.

RE-PENSAR EL PERFIL PROFESIONAL DESDE LA FORMACIÓN COMPETENCIAL Y ÉTICA

Al referirse precisamente al Trabajo Comunitario moderno, Brake (2009) destaca la necesidad de rediseñar las comunidades locales como lugares de vida con proyección de futuro, y añade que de lo que se trata es de recuperar y revivir los recursos locales perdidos en el proceso de globalización. Al mismo tiempo, Brake detecta tres terrenos en los que puede proyectarse el nuevo trabajo comunitario: 1) La gestión social con una nueva orientación económico-empresarial, que plantea la necesidad de una planificación conjunta de los/las trabajadores sociales para poder fijar y desarrollar localmente las ofertas; 2) Los nuevos proyectos de desarrollo (Urban 21, Agenda Local 21, Ciudad Social...) dirigidos a contrarrestar la exclusión social y que permiten desarrollar iniciativas de la economía local o comunitaria a partir de la interrelación entre habitante, trabajador social y comunidad; 3) Las actividades en red en el espacio europeo con la consiguiente necesidad de coordinación e interrelación.

Sostiene Brake que, en paralelo con la evolución social de los últimos años, el Trabajo Social Comunitario *ya no se distingue tanto por tomar partido principalmente a favor de grupos desfavorecidos, o por la gestión de conflictos como estrategia básica; hoy se caracteriza más bien por una visión unitaria, que comprende el desarrollo de una región como un todo. En lugar de un enfoque político del conflicto, surge otro principio operativo, que no es menos político: evitar la exclusión social que puede afectar a un barrio estigmatizado en general, pero también a grupos sociales que viven en él* (Brake, 2009: 98). Brake considera que el principal principio del Trabajo Social en general y del Trabajo Social Comunitario específicamente (capacitar a las personas y apoyarlas para que puedan participar en procesos sociales, evitando la exclusión de barrios y de grupo sociales) “es más actual que nunca”, y subraya que el Trabajo Social Comunitario “representa un modo de profesionalidad cercana a la vida, adecuada para tratar con problemas y buscar soluciones, sin recaer en tutelajes, sino contando con la participación de las personas. Se aprovecha el potencial y las experiencias de las personas y los recursos de las organizaciones para utilizarlas a favor de cambios duraderos” (Brake, 2009: 98-99).

El nuevo escenario europeo de la enseñanza basada en competencias representa una oportunidad para reforzar las propias estrategias comunitarias, tanto en el plano formativo como en el de su proyección en el nivel de la intervención. La filosofía del “*aprender a aprender*” puede ser un programa que combine las reorientaciones pedagógicas necesarias con el conocimiento profundo de la realidad actual en la que vivimos, con el objetivo de formar profesionales críticos, autónomos, tolerantes y solidarios.

Dice El Libro Blanco del Título de Grado en Trabajo Social que la competencia laboral implica movilizar una serie de atributos para trabajar exitosamente en diferentes contextos y bajo diferentes situaciones emergentes. Los conocimientos se combinan con las habilidades y la percepción ética de los resultados del trabajo en el entorno, con la capacidad de comunicarse y entender los puntos de vista de los compañeros de profesión y usuarios/clientes, la habilidad para negociar e intercambiar informaciones, etc.

Estamos formando profesionales cuyos espacios laborales les enfrentarán a situaciones que muestren profundas contradicciones, y así lo confirman algunos de los datos expuestos en este texto. Un reto fundamental que afrontamos los docentes en las áreas de sociales y humanidades, especialmente para quiénes impartimos docencia orientada a la formación en la intervención social, es que las contradicciones ni deben trivializarse, ni pueden invisibilizarse, más bien constituyen un eje fundamental de competencia transversal. Es parte de nuestro quehacer competencial. Por ello es preciso fundamentar una docencia capaz de establecer las relaciones, e interconexiones, de los fenómenos sociales a los que nuestros estudiantes se enfrentarán como profesionales en su acción. Algunos de los temas que hasta hace pocos años dotaban de contenido teórico nuestros programas, hoy adquieren carácter fundamental a través del necesario desarrollo competencial, superando el valor instrumental. Y, precisamente, esto dota de máxima complejidad los contenidos competenciales a nivel formativo en nuestras disciplinas.

El compromiso ético aparece, en nuestro Título de Grado (ANECA, 2005: 185), como la sexta competencia transversal genérica, pero seguida o precedida de competencias altamente vinculadas a ella: capacidad de análisis y síntesis, razonamiento crítico y adaptación a nuevas situaciones, reconocimiento de la diversidad y la multiculturalidad, o, capacidad de organización y planificación. Partiendo de esta cate-

gorización, si desagregamos las competencias, o capacidades que deben adquirirse para el desempeño de su profesión y su desarrollo profesional, nuestros estudiantes deben estar preparados para enfrentar la realidad social de hoy en toda su complejidad, y además hacerlo en el contexto de máxima expresividad de la misma, los espacios sociales comunitarios: responder a situaciones de crisis, apoyar el desarrollo de redes para hacer frente a las necesidades y sus nuevas manifestaciones, trabajar a favor de resultados planificados y obtención de estos mediante procesos de trabajo *con* y *para*, y gestionar conflictos, dilemas y problemas éticos complejos.

Por una parte, con la *Declaración de Principios*, alcanzada en Adelaide (IFSW & IASSW, 2004) se pretendía alentar a los profesionales del Trabajo Social en el mundo a que reflexionaran sobre los desafíos y dilemas que enfrentan, y que sean capaces de tomar decisiones éticamente informadas acerca de cómo proceder en cada caso en particular. De otra parte, en el documento de *Estándares globales para la educación y capacitación del Trabajo Social* (Sewpaul & Jones, 2004), las mismas organizaciones internacionales nos hacen un llamado a reflejar los valores y principios éticos de nuestra profesión en el diseño e implementación de nuestros programas formativos (Títulos de Grado y Post-Grado, y sus documentos Guías Docentes). Ambos textos nos marcan una ruta ética de compromiso con la erradicación de las desigualdades, la discriminación, la injusticia social, política y económica, y, por último, el fomento de la dimensión humana en términos globales. En definitiva, hablamos de los ejes que a nuestro parecer nos interpelan con carácter de urgencia, la justicia social, la equidad y la sostenibilidad como compromisos éticos y desarrollos profesionales.

CONCLUSIONES

Aunque con modelos y metodologías de intervención en ocasiones dispares, los/las trabajadores sociales europeos inciden en campos de intervención comunes y se enfrentan a problemáticas similares. Evelyne Baillergeau sitúa los desafíos compartidos por los/las trabajadores sociales especialmente en el aumento del número de trabajadores pobres, el envejecimiento de la población y los desafíos ligados a la diversidad etnocultural (Baillergeau, 2009: 40). Los/las trabajadores sociales europeos comparten un mismo escenario en que, de un lado, la intervención frente a las nuevas formas de vulnerabilidad social requieren nuevas destrezas y, de otro lado, la inci-

dencia del neoliberalismo en las políticas públicas se traduce en la consiguiente precarización de medios de intervención.

El contexto en el que se plantea la nueva estrategia formativa de los/las trabajadores sociales no resulta precisamente el más adecuado para el éxito de la misma. Por un lado, la agudización de problemáticas sociales como resultado de una crisis económica que reduce los recursos para hacer frente a las mismas. Por otro lado, los mismos problemas por los que atraviesan los profesionales del Trabajo Social, sometidos en muchos casos a la precarización de sus propias condiciones de trabajo (aparición de nuevas categorías laborales y fórmulas de contratación) y a la competencia de nuevos perfiles profesionales que entran en disputa por los campos clásicos de acción del Trabajo Social y debilitan la posición de los trabajadores sociales en el ámbito de la intervención. En este sentido, la consideración de nuevas competencias en la formación de los/las trabajadores sociales puede limitar la justificación de la necesidad de nuevas formaciones sociales (perfiles laborales “novedosos”) que, en realidad, encubren políticas de fragmentación y precarización de los profesionales “clásicos” o, lo que es lo mismo, la reivindicación del oficio del Trabajo Social frente a los nuevos empleos de lo social³.

En definitiva, los retos de la acción social hoy nos interpelan, desde las propuestas educativas, a adquirir posicionamientos en relación a valores éticos vinculados a: la justicia social (exige igual respeto e iguales derechos) en contextos de primacía individualista y desagregaciones en las redes asociativas; la equidad (exige preocupación por el bienestar de los otros) en contextos de competitividad; y la sostenibilidad (exige preocupación por el bienestar compartido entre los seres humanos en un planeta limitado) en contexto de hiper-consumos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ANECA (2005). *Libro Blanco: Título de Grado en Trabajo Social*. Madrid: Agencia Nacional de Evaluación de la Calidad y Acreditación. Madrid: ANECA-Agencia Nacional de Evaluación de la Calidad y Acreditación. Disponible en: http://www.aneca.es/var/media/150376/libroblanco_trbjsocial_def.pdf (Última fecha de consulta: 02 diciembre 2012).
- Baillergeau, E. (2009). Les enjeux contemporains du travail social en Europe. *Informations Sociales*, 152, 40-47.

- Barcellona, P. (1992). *Comunidad y postmodernidad*. Madrid: Trotta.
- Brake, R. (2009). Trabajo Social Comunitario. En J. Hernández Arístu. *Trabajo Social comunitario en la sociedad individualizada* (pp. 93-103). Valencia: Publicaciones de la Universidad de Valencia.
- Capella, J. R. (1993). *Los ciudadanos siervos*. Madrid: Trotta.
- Carneiro, R. (1996). La revitalización de la educación y las comunidades humanas: una visión de la escuela socializadora del siglo XXI. En UNESCO. *La educación encierra un tesoro* (pp. 241-246). Madrid: Santillana.
- Doucet, L.; Favreau, L. (1991). *Théorie et pratiques en organisation communautaire*. Montréal: Presses de l'Université du Québec.
- Gurrutxaga, A. (1991). “El redescubrimiento de la comunidad”. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 56, 35-60.
- IFSW & IASSW (2004) *Ethics in social work, statement of principles*. Bern, Switzerland. Disponible en: <http://www.ifsw.org/p38000324.html>
- Sewpaul, V. (IASSW Chair) & Jones, D. (IFSW Co-Chair) (2004). *Global standards for the education and training of the social work: Adopted at the general assemblies of IASSW and IFSW, Adelaide, Australia*. Disponible en: http://www.ifsw.org/cm_data/GlobalSocialWorkStandards2005.pdf

NOTAS

1. Grupo de Innovación Docente INMODELS COMUNITATS. Ha sido reconocido como GID de la Universidad de Valencia mediante la aprobación del Proyecto de Innovación Educativa “Coordinación de las nuevas asignaturas de Trabajo Social Comunitario que se integran en el Grado de Trabajo Social”, aprobado por el Vicerrectorado de Planificación e Igualdad de la Universidad de Valencia, Convocatoria 2010/2011.
2. Véase la revisión que hace Gurrutxaga (1991). El redescubrimiento de la comunidad. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 56, 55-60.
3. Este fenómeno tiene especial incidencia en países como Francia o Bélgica, donde ha dado pie a una considerable bibliografía de debate en torno a los “nuevos profesionales de lo social”. Por ejemplo, en uno de los análisis sobre la cuestión Mejed Hamzaoui escribe que la tesis de la emergencia de un nuevo perfil de profesionales de lo social capaces de apoyarse en las nuevas tecnologías sociales de conceptualización y animación del proyecto, de

comunicación, de partenariado y de evaluación, reposa sobre un argumento implícito, el de la inadaptación de los antiguos empleos y cualificaciones de los trabajadores sociales a las nuevas competencias y la cuestión de la eficacia en el marco de una crisis social (Hamzaoui, 2008). Véase también el trabajo de Vanesa Girard sobre *Les Metiers de la Ville*, disponible en http://www.plateforme-metiers-dvt.org/IMG/pdf/A_partir_de_la_biblo2.pdf